

LAS GARRAS DE LA PANTERA

Almanzur era Schajj de la tribu de los Benimusas, la más aguerrida y numerosa de cuantas pastaban sus rebaños en las secas llanuras del Oriente del Hedchiar, más allá de los altos muros y de los fértiles valles de Medinat-Nevi, la ciudad santa que guarda religiosamente las cenizas del Profeta.

Descendía de una de las más nobles familias del Islam.

Su abuelo, Omar ben Wahid, el Zarahita, había sido uno de los primeros y más fieles discípulos de Mahoma, y en la famosa derrota de Ohod sostuvo entre sus brazos el cuerpo del Profeta, cuando éste, herido de una certera pedredada en la frente, se desplomó ensangrentado de su corcel.

Su padre, Noseir ben Omar, tomó parte en la rendición de Damasco y en todas las cruentas campañas contra los cristianos de Constantinopla, bajo los gloriosos Califatos de Abu-Berk, Omar y Ali.

El mismo Almanzur había hecho su algihed en el Egipto y en el Africa, a las órdenes de Okba, asistiendo a la fundación de la célebre ciudad de Cairuam, y acompañando a su pariente Muza ben

Noseir a la conquista de España. Regresó de estas expediciones cubierto de gloria y de cicatrices, y los ancianos de su tribu le nombraron su Schaij.

Por todo el desierto se extendió bien pronto su fama de hombre justo, y a su tienda venían, a dirimir sus cuestiones, los hombres de los más lejanos países.

Era fuerte, alto y magnánimo.

Jamás su boca pronunció una sentencia que no estuviese ajustada a los más sabios preceptos de la ley koránica, ni su brazo dejó de prestar apoyo a los desvalidos.

Imposibilitado por el peso de sus noventa años de comandar a sus guerreros, confió esta misión a su único hijo, Muhamed, que por sus hazañas llamaban el Assadi.

Almanzur, como todo buen hijo del desierto, amaba la poesía sobre todas las cosas.

Sentado a la puerta de su tienda, gustaba oír, a la luz de los astros, las maravillosas relaciones de aquellas siete kasidas que bordadas en oro sobre un manto de seda negra, la admiración y la piedad de las gentes habían suspendido en los muros sagrados del templo de la Kaaba.

Una noche en que, rodeado de los principales de su tribu, adormecía su alma con el encanto de una de estas narraciones, llegaron a su aduar, tendidos como arcos sobre sus corceles, sudorosos y jadeantes, unos pastores, y, descabalgando junto a su tienda, le dijeron, con la voz trémula aún de emoción:

—La gloria de Dios caiga sobre tu frente, Almanzur. ¡El profeta nos protege! Una caravana,

tan extensa que se pierde de vista en los arenales, atravesará mañana, a la caída de la tarde, los abruptos desfiladeros de Absub. Nosotros la hemos visto desfilar mientras los rebaños sesteaban a la sombra de las palmeras de la cisterna de Amhed.

Centenares de camellos se derrengan bajo el peso de ricos cargamentos de ébano, tapices, armas, plata, oro, joyas, perfumes y especierías de Saba, Ahsa y de las maravillosas regiones del Hadramaut.

Trescientos jinetes armados las custodian. ¿Pero qué son trescientos jinetes armados para los Benimusas, los más duros en el combate y los más generosos en la victoria?

Nuestros corceles no conocen la fatiga nila sed.

Nuestros brazos son ágiles y fuertes. Saben traspasar con un venablo a los más veloces aves-truces, desjarretan a un toro salvaje y son capaces de desguijar al león más potente.

Almanzur, Dios ha puesto al alcance de nuestras manos la felicidad... ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Un sordo murmullo de aprobación acogió las palabras de los pastores. En todas las pupilas fulguró la codicia. Hasta el poeta abandonó su guzla, y se acercó, trémulo de emoción, al grupo. Almanzur irguió su patriarcal figura, e imponiendo silencio con un gesto lleno de majestad y de nobleza, dijo, clara y lentamente, como habla la sabiduría y la experiencia, mientras sus dedos, largos y huesosos, acariciaban los blancos mechones de su barba venerable:

—No conviene derramar estérilmente la sangre humana. Sólo en servicio de Dios se debe prodigar. ¿Por ventura no existen aún en tierras del Islam gentes paganas a quienes debemos exterminar?

La codicia es la más irresistible de las tentaciones. Ella nos desvía del camino de Dios.

¿Acaso valen esas riquezas y aun todos los tesoros de la tierra lo que una sola gota de sangre de los Beni-Musas?

Y su voz resonaba en el silencio de la noche, bajo el polvo de plata de los astros, con una austeridad solemnidad profética.

—¡Almanzur, padre mío, en el nombre de Dios, escúchame!— exclamó respetuosamente su hijo Muhamed el Assadi, aproximándosele.

—Todos reconocemos y reverenciamos la verdad profunda que encierran tus palabras. Pero fíjate en el estado lamentable de la tribu. Las últimas guerras nos han empobrecido hasta el extremo de no haber podido contribuir a la construcción de la nueva mezquita que ha de encerrar los restos venerados del Profeta.

La sequía agosta nuestros campos y la peste diezma nuestros rebaños. El hambre ha hecho su aparición entre nosotros... y esa caravana, que la voluntad del Señor pone al alcance de nuestra bravura, puede ser la salvación de la tribu.

—Sí, padre mío—insistió Muhamed—: la necesidad nos apremia.

Dios nos depara esta ocasión para salvarnos de la miseria en que vivimos. Desaprovecharla sería tanto como renunciar a sus beneficios.

Todos asintieron con un leve movimiento de cabeza a las palabras del Assadi.

Almanzur quedóse perplejo un instante. Las arrugas de su frente se contrajeron en el esfuerzo de la meditación.

Los guerreros aguardaban, inmóviles y mudos de ansiedad, la decisión del noble y sabio Schaij.

Por fin éste murmuró gravemente, levantando los brazos al cielo, como el que se decide, contra su íntima voluntad, a quebrantar un voto:

—No quiero oponerme a vuestros designios, que acaso sean también los designios de Dios. ¡Cúmplase su voluntad! Sólo lamento que el agobio de los años y estas viejas cicatrices recién abiertas, me impiden conducirlos, como tantas veces, a la victoria.

Mi hijo Muhamed conducirá las huestes.

Id a prepararos para la jornada. Sed esforzados en el combate y magnánimos con los vencidos. Respetad a los niños, a las mujeres, a los ancianos y a los solitarios que sólo viven con Dios.

Guardad siempre la hospitalidad, que es, ha sido y será la más gloriosa herencia de nuestra raza.

Los jóvenes partieron veloces a limpiar sus armas y enjaezar sus corceles.

Todo el aduar se sintió profundamente estremecido por aquel entusiasmo bélico.

En todas partes resonaban órdenes; corrían los esclavos a preparar el pienso de las caballerías, o cosían, bajo la luna, las correas de las monturas y de los arneses.

Las mujeres iban y venían, haciendo brillar bajo

los astros las monedas de oro que adornaban sus cabellos. Bajo los velos mal ceñidos resplandecían, a veces, los diamantes oscuros de sus ojos voraces.

Los poetas, en medio de un círculo de guerreros, exaltaban las épicas aventuras de Antar, los combates sangrientos y el amor a la gloria y a la guerra.

Los mastines ladraban, alegres, en torno de sus dueños, agitando sus colas y haciendo resonar sus carlancas puntiagudas, y los camellos, arrodillados en las estacadas, estiraban, sorprendidos, sus largos cuellos, al son argentino de sus collares de cascabeles.

Sólo el viejo Almanzur, reclinado sobre un amplio tapiz de Siria, en la puerta de su tienda, permanecía inmóvil y silencioso, como abstraído en la más profunda de las meditaciones.

Entre sus manos sarmentosas se doraban, a la luz de la luna, las cuentas de ámbar de un largo rosario.

Antes de la oración del alba, a los últimos rayos de la luna, partió la hueste. Eran doscientos jinetes, capaces de recorrer dos jornadas sin sentir fatiga ni sed.

Salieron en grupos, entre gritos de júbilo y exclamaciones de entusiasmo, agitando en el aire sus arcos, sus largas lanzas, o golpeando con sus corvos alfanjes los escudos.

Al salir de las últimas tiendas, abandonaron las bridas sobre el cuello de las ágiles yeguas, picaron espuelas y se abrieron en semicírculo, perdiéndose a lo largo del desierto, entre nubes de

polvo plateado, como una tempestad de hierro y de jaiques flotantes.

Los niños y las mujeres los despedían, agitando los brazos, desde las últimas empalizadas.

Algunos mastines, erizados los lomos, en un esfuerzo supremo rompieron sus amarras, y ladrando, tendidos como arcos, con las colas rectas como timones, se escaparon veloces tras sus dueños.

El viejo Almanzur los contempló partir desde la puerta de su tienda, acariciando suavemente sus largas barbas de lino, y mirando con rencor sus piernas ulceradas donde las antiguas heridas se habían abierto en un florecer glorioso de rosas de sangre.

## II

Habíanse terminado las faenas del medio día.

Un sol de asfixia llameaba en el horizonte.

Los camellos dormitaban de modorra, arrodillados al pie de las empalizadas, con los largos cuellos tendidos sobre la arena.

En torno de las tiendas, bajo los linos de los toldos, jugueteaban las gacelas domésticas. Dando rápidos saltos y alargando sus finos cuellos gráciles refregaban sus cabezas en los flancos de las mujeres y lamían las manos de los niños.

Los esclavos acababan de moler el trigo, con grandes mazos de madera, sobre las amplias piedras bruñidas.

En las puertas, bajo los arnafe, humeaban las última brasas de la comida.

En algunas tiendas se oían voces soñolientas que embalaban las cunas o vibraban las guzlas acompañando viejas canciones de amor y de guerra.

Y en todo ardía gloriosamente el fuego del sol, reverberando en los metales y arrancando fugitivos relámpagos de fiebre de los grandes ojos tímidos de las gacelas y de las mujeres.

En la tienda de Almanzur reinaba el silencio. Era una tienda amplia y cónica, alzada sobre secos y rugosos troncos de palmera, cubierta de pieles de leones, colchas y sedas multicolores y tapices bordados.

En la penumbra centelleaban los reflejos acera- dos de las armas y de los arneses.

Sobre una amplia y casi mórbida alcatifa persa, reclinada en muelles almohadonos de Damasco bordados en perlas, reposaba Aischa, la núbil belleza salvaje que encierra en la inmensidad nocturna de sus ojos todos los misterios y las fascinaciones del desierto, y cuyos miembros tensos, fuertes y ágiles evocan la precisión y la gracia de las armas mortales, los bellos arcos de Beit el Faki y las vibrantes y sutiles flechas de Mareb.

Por el casktan de tisú verde y plata, desabrochado desde la cintura, parecían estallar los senos como magnolias de bronce, y al ritmo fatigoso de su respiración se hinchaba su garganta como el cuello de las palomas torcaces que se arrullan a la margen de los arroyos entre los tamarindos y los naranjos del valle de Nedcheran.

Los dedos de sus pies desnudos resplandecían de anillos y sortijas, los tobillos de ajorcas, las muñecas de brazaletes y los cabellos de din- hares.

Sobre el mórbido pecho moreno, que evocaba el de la Sulammita de los cantares de Salomón, temblaba, sujeta por gruesos hilos entrelazados de perlas y corales, la mano del Profeta, toscamente tallada en una fina lámina de plata, el ma- ravilloso amuleto que porta la felicidad y que li- bra del mal de ojo, de todas las enfermedades de la carne y de las malas tentaciones del espíritu.

A su lado yacía Almanzur, grave y solemne, so- bre los tapices, inmóvil, como en un éxtasis.

El calor era asfixiante, a pesar de las triples cor- tinas de palma y juncos tejidos que protegían del sol el arco de la entrada.

El aire estaba cargado de un fuerte perfume de sándalo, áloe y benjuí.

Aischa se revolvía intranquila en su lecho, como agitada por un vago y doloroso presentimiento.

A veces se levantaba violentamente, haciendo resonar con un tintineo armonioso el oro de sus joyas.

Se dirigía ágil y silenciosa a la puerta; alzaba cautelosamente las cortinas y, con las manos so- bre las cejas para atemperar las violencias de la luz, escudriñaba el horizonte, hasta que, fatigada, volvía a reclinarse sobre los cojines, pálida como una muerta.

Almanzur, como quien sale de un éxtasis, la in- terrogó: primero con sus hondos ojos escrutado- res, ojos que parecían venir del más allá de las

cosas, y después con voz paternal y tranquila como el claro hilo de agua que fecunda y fertiliza los oasis, murmuró quedamente:

—Aischa, hija mía, ¿qué agitación te posee? ¿Qué intranquilidad se adueña de ti, tan intensa, que no te deja reposar?

La voz de Aischa le repuso, atropelladamente, como si se le escapasen de súbito con las palabras todos los sufrimientos acumulados en su espíritu:

—No puedo descansar... La imagen de Muhamed, tu único hijo y el esposo querido de mi alma, no se aparta jamás de mis ojos. Parece como que me llama en el silencio, como si sus brazos se tendiesen a mí, implorando socorro. No sé por qué me produce espanto y siento temor por él en esta jornada. Al partir, cuando mi mano le sirvió de estribo para saltar sobre el corcel de guerra, creí notar que su pierna temblaba.

Después, contra la última empalizada, su lanza se rompió en astillas. Hubo que darle otra.

Yo sentí ante este augurio de desgracia que toda la sangre de mis venas afluyó al corazón y me ahogaba. Retuve por el rendaje a su alazán, y le dije, suplicante, rodeando su cintura con mi brazo:

—Detente, Muhamed, detente; es un mal presagio.

Y en mis ojos debieron brillar algunas lágrimas, cuando él, sonriendo, inclinóse y me besó en la frente, ofreciéndome las más preciadas joyas del botín.

Picó espuelas y partió al galope, a reunirse con los suyos.

—No entristezcas y agobies tu espíritu con pueriles presentimientos, ¡oh, Aischa, tesoro para mí el más preciado de la tierra, porque eres la luz y la alegría de mi único hijo Muhamed!—le interrumpió, indulgente, el noble y justo Almanzur.

Dios ha escrito en el cielo con astros de diamante la suerte de cada uno. De su voluntad dependemos, y lo que está escrito se cumplirá...

Confiémonos a su misericordia.

No estés intranquila por esta expedición. El mismo Dios parece que ha puesto la ocasión en nuestras manos.

¿Qué son trescientos jinetes armados contra los Beni-Musas, la tribu más noble y valerosa del desierto?

Lo mismo que el viento dispersa las hojas secas, así nuestros guerreros dispersarán a sus enemigos.

Tranquilízate, pues, hija mía; serena los tumultos de tu corazón, que antes que claree la nueva aurora regresará nuestro Muhamed cubierto de gloria y te cubrirá de valiosos presentes. Además, ¿a qué vienen esos temores? ¿Tú no eres la única hija de mi hermano Avub, de aquel guerrero cuyo solo nombre hacía temblar de espanto en sus sillas a los más esforzados campeones cristianos?

¿No te enseñó él, como a un varón, el manejo de las armas? ¿No le has acompañado a más de un combate? ¿No has sentido en tu carne de mujer la frialdad del acero?

¿Qué has hecho, pues, del antiguo valor? ¿Qué genio maléfico te ha tocado con su dedo en las sienes?

Tus ojos han perdido su brillo y la arrogancia ha huído de tu frente.

El ánimo fuerte debe permanecer de pie en los días adversos. El huracán puede abatir a la palmera; pero apenas pasa, ésta vuelve a erguirse tan majestuosa como antes.

—No es el temor—murmuró gravemente Aischa—; Dios sabe que en mi corazón arde aún inextinguible la llama heroica de nuestra raza.

Mis brazos se sienten aún capaces de renovar las hazañas paternas.

No es temor... Es el amor—suspiró, enrojeciendo hasta la raíz de los caballos—. Es que sin Muhamed la vida me sería una carga insostenible... Es que no puedo ni admitir la sospecha de que su vida sea mortal como la de todos...

—Desecha vanos temores—interrumpió, con voz dulce y trémula, el Schaij—, y en vez de entregarte a la tristeza y a los celos, consueta y fortifica tu corazón oyendo recitar, al son de la guzla, las viejas kasidas con que nuestros poetas triunfaron en la feria de Ocaz.

Ismael, nuestro siervo, las recita como nadie.

Sería bueno llamarle para entretener nuestros ocios y apartar de tu imaginación calenturienta esas tristes visiones.

La poesía consueta y exalta el espíritu. Ella hace olvidar todos los pesares, y es el mayor bien que Dios otorga a los mortales en su misera y rápida jornada por el mundo.

Y llamando a un esclavo que vigilaba a la puerta, le encargó avisase al poeta y convocase además a los ancianos y las mujeres principales de la tribu.

Los invitados, reclinados en ricos tapices, formaron un círculo alrededor de Ismael, que de pie, al son de la guzla, empezó a recitar.

Los ancianos y las mujeres entornaban los ojos, extasiados con la armonía de aquellas maravillosas estrofas de Antar, en las que con toda la pompa, el fasto y el ardor de la imaginación oriental, se axalta el amor a Abla, a aquella extraordinaria mujer que, al decir del poeta, aventajaba a todo cuanto la Belleza tiene de más perfecto.

«Diré que el brillo de la luna iguala a tu rostro. ¿Pero la luna tiene tus ojos de gacela?

Diré que la rama de arac se asemeja a tu cuerpo. ¿Pero la rama de arac tiene tu gracia?

Tus dientes exceden en blancura a las perlas. ¿Cómo podré compararlos con las perlas?

La llama de la verdad resplandece en tu frente, y la noche del error se ha refugiado en tus cabellos.

Bajo tu velo están abiertas las rosas del Paraíso, guardadas por las flechas de tus pestañas.

Tu indiferencia conmigo me hace quejarme en tus jardines, como las tórtolas en celo.

Ella me oprime el corazón como una zarpa.

Más allá de tu belleza están los leones del desierto, las hojas de las espadas y las largas y afiladas lanzas.

Tu rostro es como la luna al cielo; resplandece; pero está tan alto, que no se puede alcanzar.»

El perfume de los pebeteros que ardían en los ángulos de la tienda llenaba la estancia de una pesada y cálida voluptuosidad.

Todos callaban, inmóviles, siguiendo, con el

alma puesta en los oídos, los ágiles y dulces ritmos de aquel canto de amor.

Sólo las cigarras, posadas en los secos troncos que servían de apoyo a las tiendas, turbaban el silencio de la hora, con la monotonía estridente de su modorra.

### III

Después de estos apasionados cantos de amor, Ismael recitó la célebre kasida de «El jardín y el león», una de las más bellas narraciones de Oriente.

«Reinaba en una de las más fértiles y remotas regiones de la India un joven emir, bueno y magnánimo, que había hecho de su corte una fiesta perpetua de amor y de poesía. Desde los calados ajimeces de su alcázar contempló por casualidad, una bella tarde, a una linda dama que, sentada en la azotea de una casa vecina, parecía absorta en las maravillas del crepúsculo.

La mujer, que se creía libre de toda mirada indiscreta, tenía levantado el velo, dejando al descubierto la hermosura fascinadora de su rostro, de una perfección impecable.

El emir, lleno de curiosidad y maravillado de tanta belleza, preguntó a los familiares que le rodeaban si conocían a la dama.

—Señor, es la esposa de nuestro visir El-Nedchar.

Al día siguiente el emir hizo llamar a su primer ministro, encomendándole una importante misión cerca de un monarca enemigo, y ordenándole que partiese al momento.

El visir obedeció, y el sultán llamaba, a los pocos momentos, a la casa de su primer ministro.

—¿Quién es?—preguntó una voz femenina desde el interior.

—Abre, esclava. Sé que tu amo está ausente y necesito hablar a tu dueña.

—¿Quién sois?—interrumpió entonces otra voz más dulce, voz suave de surtidor, desgranamiento armonioso de perlas sobre un joyero de plata.

—¡El emir!

La puerta se abrió instantáneamente, y Fátima (que así se llamaba la esposa del visir) acudió, solícita, a besar con respeto la regia mano de su señor.

—Hermosa dama, os amo—dijo él entonces, en voz baja—, y os ruego me acojáis como amigo.

—Sed bienvenido, señor; todo cuanto aquí exista os pertenece y yo soy la más humilde de vuestras esclavas. Al dignaros pedirme hospitalidad, me colmais de favores.

—Graciosa Fátima—añadió el sultán, desbordante de entusiasmo—, vuestras palabras son para mi corazón la más deliciosa música. Soy vuestro siervo, y permitidme que, arrodillado, bese vuestras plantas.

Fátima condujo al soberano a través de riquísimas estancias y de maravillosos patios, donde las fuentes elevaban al aire sus penachos de pedrería entre las flores y los arbustos más fragantes.

Por fin se detuvo en un amplio salón decorado con una munificencia y un lujo verdaderamente reales.

El emir se sentó sobre un mullido y rico diván de seda carmesí, bordado en oro y piedras preciosas, y suplicó a Fátima se colocase a su lado.

Entonces se arrojó a sus pies, y cogiendo entre las suyas, trémulas, las finas y enjoyadas manos de la dama, le dirigió las frases más ardientes, las palabras más apasionadas, en una loca exaltación de amor.

La mujer del visir le respondió risueña, pero moderada y respetuosa, y desprendiéndose de sus manos, se levantó de pronto, suplicándole le permitiese preparar un festín en el cual serían ellos los únicos comensales.

El emir aceptó gozoso, mientras su ardiente fantasía acariciaba las más risueñas y venturosas esperanzas.

Fátima cogió de una preciosa mesita de mosaico un grueso manuscrito ricamente encuadernado en oro y piedras preciosas, y se lo entregó a su regio huésped, diciéndole:

—Voy a ausentarme por algunos momentos para dar órdenes a los criados y disponer los preparativos del banquete que habéis tenido la galantería de aceptar. Mientras tanto, os ofrezco este discreto compañero que se encargará de distraer y hacer más llevadera vuestra soledad.

Tan pronto como Fátima salió, el emir abrió el libro.

Eran poesías y sentencias de los hombres más sabios y célebres del mundo, en las cuales se condenaba el vicio y se ensalzaba la virtud.

El emir, que era entendido y dado a las letras, gozó extraordinariamente con la profundidad de aquellos conceptos y con la dulzura melodiosa de sus ritmos.

Dos horas después apareció la bella Fátima, suntuosamente ataviada, y rogó a su huésped tuviese la amabilidad de pasar con ella a la sala del festín.

Una vez allá, se sentaron el uno frente al otro separados por una amplia mesa magníficamente servida, sobre la cual se destacaban noventa fuentes de oro, llenas de manjares artísticamente cubiertos de cremas de distintos colores.

El sultán probó de cincuenta platos, y advirtió con sorpresa que aunque parecían ser distintos, todos tenían el mismo gusto. Intrigado por aquel enigma, interrogó a Fátima.

—Las mujeres, señor—respondió ésta con la sonrisa más insinuante—, se diferencian entre sí por el color, la estatura y los adornos. Pero a pesar de todo, cada una de ellas es una mujer... y nada más.

En vuestro harén tenéis noventa mujeres entre blancas, morenas y negras. Por consiguiente, señor, una más nada añadiría a vuestros placeres.

El emir inclinó la cabeza, avergonzado por la lección, y después de algunos momentos de silencio, exclamó con la voz aún insegura:

—Noble señora, vuestra sabiduría y vuestra virtud han cubierto de confusión mi rostro y de admiración mi alma.

Perdonadme y olvidar las locuras de un joven a